

su diestra en una roca basáltica, fijaba en ella su lánguida mirada. Una mujer y dos hermosos niños completaban el grupo.

La niña acababa de contar cómo con sus pequeños ahorros había quitado de la orilla del sepulcro á un pobre anciano que carecía de recursos para aliviar sus males.

Todos permanecían en silencio, poseídos de admiración y de ternura por lo que acababan de oír.

Dos transparentes lágrimas como cristal fundido rodaron por las rosadas mejillas de la joven, perdiéndose después entre la espesa yerba, los niños lloraron también, y su llanto se mezcló con el del venerable anciano.

—¡Oh! dijo la madre, hemos llegado al colmo de la felicidad; sus tenues rayos se difunden por todo mi ser como la claridad de la luna, que melancólica alumbra la superficie de la tierra.

—En efecto, replicó la niña, mi conciencia me dice que he obrado bien, y escucho su voz que murmura á mis oídos palabras cariñosas.

Dos semanas han trascurrido, y aquella familia que escasamente vivía con su trabajo, se encuentra hoy poseedora de una elegante finca en la ciudad inmediata, pues, poco tiempo después de aquel feliz suceso, llegó el hijo de aquel á quien la niña con sus escasos ahorros había quitado de la orilla del sepulcro, y colmó de bienes á los bienhechores de su amado padre.

Enero 15 de 1888.

Gerónima Villa.



LIGEROS APUNTES.

San Luis Potosí, Marzo 15 de 1888

Observando con atención todas las maravillas que la naturaleza nos ofrece, descubrimos que hay un Ser que todo lo puede, que es infinitamente bondadoso. Ya contemplemos esos globos luminosos que giran en el espacio sometidos á tan admirables leyes, ya dirijamos nuestra vista sobre la tierra para observar los seres que la pueblan, no vemos otra cosa sino pruebas de la sabiduría del Eterno.

Pero la mayor de todas las maravillas es el hombre. Observando su organismo, es más completo y perfecto, hay más armonía y correspondencia en sus partes que en los demás animales, en relación con los hechos del principio consciente, libre y responsable, al cual debe su superioridad entre todas las cosas creadas. Domina al mundo con su inteligencia y convierte á los demás animales en dóciles esclavos. Unos le dan su lana, seda, plumas, para cubrir su cuerpo; otros le auxilian con sus fuerzas, valor é instintos. Las piedras inertes sirven también para sus usos. Con ellas cons-

truye y embellece su habitación, saca de ellas colores para teñir sus vestidos y medicamentos contra sus enfermedades. Las plantas le suministran toda clase de alimentos; por último, el hombre busca cada día nuevas plantas, nuevos metales para su utilidad. En resumen, el hombre es el ser superior de la creación, pero no debe olvidar su pequeñez con relación á ese Dios que es infinitamente sabio.

San Luis Potosí, Marzo 15 de 1888.

Virginia Camés.

La Gratitude.

Qualquiera que fuese el punto que me propusiera estudiar, hallaría innumerables dudas, y por consiguiente, no esperéis en lo que voy á exponer la aclaración de un punto, sino una serie de preguntas que manifiestan la incertidumbre de mis ideas, debida á las poquísimas luces que comienzo á percibir.

La idea que me he formado de lo que es la *Gratitude* me ofrece muchos puntos de que hablaros.

El Diccionario me dice: "*Gratitude* es un afecto benévolo hacia el objeto ó personas de quien se

ha recibido algún favor ó servicio, ó pruebas de estimación." Más queriendo conocer con más extensión la significación de esta palabra, busqué la de aquella con la que creen estrechamente unida, que es, el *Reconocimiento*. El mismo Diccionario me dice que "es el acto ó el efecto de reconocer. Además, le llama agradecimiento ó *gratitude*, ó muestra de correspondencia por algún favor dispensado, por algún beneficio recibido." etc.

Mi primera duda es si este afecto es espontáneo y natural. En mi concepto, sí lo es; porque es natural que cuando se ha recibido un beneficio se experimente inmediatamente un afecto particular hacia el autor del él, y un deseo de recompensar de alguna manera el bien recibido. Yo misma he experimentado este fenómeno, y no de una manera momentánea, sino permanente é imperecedera.

Por lo expuesto, me ha llamado la atención observar que en muchos casos se ve desmentida mi convicción, puesto que hay *ingratos*.

Me dirijo á investigar inmediatamente la causa de este nuevo fenómeno, y sólo he podido interpretar que sea la falta de reconocimiento, ó uno de tantos errores en que caemos frecuentemente.

Este último puede ser: ó creernos merecedores de todo favor, ó creer que la *gratitude* es un humillante vasallaje rendido hacia el benefactor.

Pero ¿cómo creer lo segundo, cuando es muy natural suponer que el noble corazón que es capaz de hacer el bien no aspira á recompensas sea

porque posee la virtud ó porque conozca la humanidad? ¿Cómo llamar humillante una acción que, por el contrario, nos eleva y nos hace dignos de mayores beneficios? Y si nos fijamos en lo primero, ¿quién es aquel, henchido de tanta soberbia, que se crea merecedor de cuantos bienes le prodiga la *Providencia* por medio de sus criaturas? ¿Cómo es posible que desconozca el deber en que está de bendecir la mano paternal por medio de la cual ha recibido el bien?

Ilustradme vosotros sobre este particular.

Por otra parte, creo que la magnitud del afecto llamado gratitud sea proporcional á la del beneficio recibido. Mas he aquí que, por beneficios prodigados, la recompensa de ellos es la más negra ingratitud; y si prosigo mis observaciones, me voy encontrando con muchos obstáculos para llegar al fin que me he propuesto.

San Luis Potosí, Abril 15 de 1888.

Soledad Sánchez Castillo.



El Niño y el Diamante.

La madre, sólo la madre es el único ser que cuida de nosotros desde la infancia y por lo mismo, la que ejerce grande influencia en nuestra educación.

De ella depende siempre el porvenir de sus hijos, y de ella depende también saber impartir á estos, ideas santas y sublimes, valiéndose de la ternura propia de las madres, de ese cariño santo y bendito que arde constantemente en su ser y no se consume.

La preciosa edad de la infancia es la más á propósito para formar el corazón de los niños, puesto que en esta edad se graba en su alma cuanto se quiera.

De la madre depende, pues, dar á sus hijos una educación esmerada; pero algunas, por desgracia, se descuidan de estos completamente: no corrigen sus malas inclinaciones, ni les evitan las malas compañías, tal vez, sin saber que, de la misma manera que el pulimento

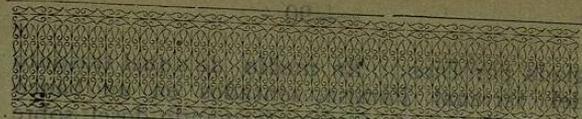
realza el brillo y la hermosura de un diamante, la educación realza y da el mérito debido á las buenas cualidades de que están dotados los niños.

Felices los que, desde su tierna edad, imitando el ejemplo de una buena madre, practican los principios de la sana moral; pero más felices aún los que, en medio de caricias y al compás de armoniosos cantos, duermen tranquilamente y, al despertar, el ángel bendito que constantemente vela por ellos, los acaricia y los enseña á pronunciar el sacrosanto nombre de Dios.

Benditas sean las madres que cumplen fielmente la misión santa que Dios les ha confiado y que, convirtiéndose en verdaderos ángeles, saben guiar á sus hijos por el sendero de la virtud y de la perfección.

San Luis Potosí, Diciembre 15 de 1888.

Virginia Barbosa.



¿En dónde está la dicha?

El sol de la mañana dora las cumbres de los montes; se alzan de la tierra, humedecida con el rocío de la noche, vapores que se elevan limpios, brillantes, perfumados profusamente, esparcidos sobre las hojas de las plantas, y parten en rayos infinitos los rayos de la luz que refleja todos los colores; salta juguetón el arroyuelo retratando al pajarillo que se baña y sacude en su cristalina superficie las pintadas alas; el nardo oloroso despide su esencia que se mezcla con la de los naranjos y limoneros; el granado abre sus flores encendidas que semejan los rojos labios de la virgen naturaleza en el mes de su renacimiento amoroso, al recibir el aliento de su esposo y su rey. A espaldas de los baños hay un espacioso huerto de rica vegetación, donde crecen los árboles al par de las plantas y las flores, y se producen los frutos de la tierra privile-

giada por Dios. En medio de aquel trasunto del terrenal Paraiso, sentados en un banco que tapiza fresca yedra, formando dosel sobre las ramas de los naranjos, en las que se enredan los brazos del jazmín y de la pasionaria, se encuentran dos jóvenes. Es aquella su primera plática amorosa, tenida sin recelo en el seno de la confianza. El joven contempla á su amada, le dice su amor y su ventura, y se calla en momentos: es porque la conciencia, ya despierta á causa de sus pasados errores y de sus extravíos, recuerda entonces cuánto ha sufrido el ángel cuya hermosura y cuya fuerza admira, y por este contraste de ideas impulsado, le dice:

—¡Qué atroz castigo el mío, y si no te hubiese amado, si no hubiese conocido que tu alma vale más, mucho más que tu rostro con ser tan bello!

—¡Castigo! profirió la candorosa joven, que no se hallaba en estado de comprender el sentido de aquellas palabras.

—Oh! sí

—¿Porqué?

—Porque hubiera pasado mi vida como el ser que nace despreciado, sin ojos para ver, ni corazón para sentir lo bello y lo dulce de las dichas reservadas al espíritu, y que sólo experimenta los dolores que hieren materialmente los miembros de su cuerpo y los goces groseros de los sentidos.

Tampoco la inocente entendió con esta explicación más de lo que había antes comprendido. Pero el joven, como si necesitara con-

fesarse ante ella y darle satisfacción de los goces con que había amargado ciega y cruelmente su cándida existencia, prosiguió:

—Si; porque vivir no es gozar de las comodidades y los placeres que ofrece el mundo al que puede penetrar por las puertas de sus festines con las alas de la fortuna, de la ambición osada, ó vistiendo el traje que sus leyes prescriben: no, esos placeres fatigan más pronto cuando son más vivos y continuados, y al lado de cada una de las flores artificiales que los rodean, hay ocultas cien espinas verdaderas que abren en el alma heridas que no curan aquellas satisfacciones. La dicha de la vida no está en correr desolado tras esas glorias y esos goces de la imaginación empapada por las pasiones, está en la expansión de otros más tranquilos, más íntimos sentimientos, en amar y ser amado, sin que la conciencia acuse al corazón, sin que las ilusiones brillantes de hoy se conviertan mañana en negras sombras que sofoquen y maten su fé y su esperanza!

Yo me he librado de este peligro y de esta muerte triste del alma con la plenitud de la vida, gracias á tí, Ninfa hermosa, que has sido mi ángel salvador, el que ha abierto á mi espíritu las puertas del cielo que miraba para siempre cerrado, del que se creyó arrojado un día sin haber estado en él jamás. Ahora comprendo esas glorias, porque penetra en él contigo, ve sus imágenes hermosas porque las contempla á la luz de tus ojos, siente sus armonías porque son las unisonas de tu voz, y comprende que existe en la tierra ese cielo para los

que tienen la fortuna de hallar á uno de sus angeles: de amarle como yo te amo, y merecer el favor de ser amado!

Estas frases las entendi6 Ninfa, que sonrió dulcemente á Elias, diciendo:

—Quán distinta también es hoy para mí la vida de lo que ayer era! Llegué á creer que no me amabas.

Elias se apresuró á combatir hasta la memoria de esa sospecha. No quería él mismo pensar en que pudo un día dejar de ver la inocencia del corazón más angelical al travez de aquel rostro tan candoroso, hacer verter lágrimas de aquellos ojos tan dulces y tan bellos, y menos podía dejar de dar ahora á Ninfa seguridades que desvanecieran hasta el recuerdo de aquellos sufrimientos.

—Oh! dijo, siempre desde que te ví te amé y te amaré como hoy te amo. Y si no ten hubieras amado, peor para mí.

—Para tí! Yo hubiera muerto de pena por amor. Aleja esa idea sin fundamento y triste. Mi amor, exclamó con exaltación el joven, es tuyo para siempre y no te faltará jamás.

Ninfa fijó dulcemente sus miradas amoradas ojos en el rostro de aquel que amaba.

—¡Jamás! repitió Elias. Cogió entonces tres flores de las que pendían sobre la cabeza de Ninfa y dijo:

—Parece como que una mano providencial las haya puesto aquí para que sean emblema en estos momentos de nuestro amor, de los lazos que van á unirnos y de tu pureza. Como la del jazmín es la de tu frente inmaculada; imágen es la pasionaria del sentimiento con que yo te amo;

hermana es la flor del azahar de las que van á ceñir la virginal cabeza de la futura esposa.

Elias besó las flores y las entregó á Ninfa que las colocó sobre su seno.

En este momento se apercibió del interesante grupo un hombre que había bajado al huerto, y se detuvo de pronto á su vista. Era el padre de Elias. Ante aquel cuadro de amor que se ofrecía á sus ojos, en presencia de la dicha que los jóvenes respiraban, volvió el rostro y retrocedió diciendo:

—He aquí en lo que consiste la verdadera dicha, en lo que está la felicidad. Estos jóvenes recibirán mi bendición y serán eternamente dichosos.

San Luis Potosí, Agosto 15 de 1889.

Esther E. Quesada.





La Vida.

I.

El año y el día son comparables como lo son los individuos de la misma especie, como son también dos cantidades homogéneas: amanece en la Primavera, brilla la luz meridiana en el Estío, pardea la tarde en Otoño y anochece por fin en el Invierno.

Es la Primavera el dulce despertar de la Naturaleza por eso nos encantan las mañanas de Marzo con sus céfiros suaves que olean las abriantadas corolas de las flores húmedas aún en el rocío de la noche; sus ligeras nubecillas teñidas con los esplendorosos tintes de la aurora, su cielo risueño y su perfumado ambiente.

Durante las calurosas siestas de Julio busca ansiosamente la fatigada vista esas boscosas obscuridades de la selva y esas plácidas lontananzas de azuladas montañas, que tan gratamente contrastan con los tonos calientes de una naturaleza caldeada por los rayos solares: ¡ah! en el Estío llega á su plenitud ese prolongado día de doce meses.

Vienen luego las tardes de Septiembre tan impregnadas de seductora melancolía, con sus vientos jugueteos que arrebatan en mil revueltos giros la caduca hojarasca, con sus panoramas crepusculares llenos de misteriosas sombras, de suaves y embelesadoras medias tintas, de brillantísimos toques de luz, últimos destellos de un sol que se apaga: comienza el Otoño que es la tarde.

Por fin, llegan las arrobadoras noches de Diciembre con su espléndido cielo de misteriosas profundidades y tachonado de relucientes astros, cuya cintilación incesante semeja las palpitaciones de la vida; lumináres esplendorosos que atraen la mirada, que subliman el alma desprendiéndola de todo terrenal egoísmo, para guiarla por los abismos insondables en donde se columpian las esferas con armoniosa cadencia y por las secretas sendas en la que empieza á presentirse la majestad de Dios.

II.

Tal es fisi trasunto de nuestra humana existencia.

Flor de un día, tiene el hombre su amanecer risueño en la amable niñez, cuyo sereno cielo se tiñe con los arrebolados tonos de tiernas imaginaciones, cuyo ambiente está perfumado por las exhalaciones del candor y de la inocencia.

Tiene sus ardores de Estío, culminación del día, en esa lozana juventud caldeada por el fuego de impetuosas pasiones.

Su tarde apasible es la virilidad, en la cual empiezan á marchitarse las ilusiones, sômbreadas por el desencanto y los desengaños que impregnan el alma de acerba melancolía.

La ancianidad es el ocaso de esa tarde, y en ella comienzan á invadir nuestro cuerpo las sombras misteriosas de una noche eterna, que desligando el alma de su envoltura mortal y correptible, la guía por los infinitos espacios en donde empieza á presentir la justicia de Dios.

Sau Luis Potosí, Marzo 1^o de 1891.

(Tomado de la obra "Casos y Cosas" del Sr. Dr. Antonio F. López.)

¡Tierra! ¡Tierra!

(Composición de la Sra. Profesora Petra Rodríguez de Cortés, pronunciada en la sexta Conferencia Colombina en el Teatro Alarcón, la noche del 5 de Septiembre de 1892.)

Perdonad si defraudando vuestros deseos de oír en elocuentes palabras oración más diserta, o cupo este lugar enaltecido por dignos oradores

de estas Conferencias Colombinas; mas la idea que tienen por meta, subyuga y arrebató el alma, encubriéndola su insignificante valía, y estimulándola á contribuir con su pequeño óbolo en honra y prez de audaz marino que voló á las regiones de la inmortalidad.

Es la hora en que las sombras pueblan el espacio á la manera de ennegrecido manto; árboles de espaciosas frondas semejan gigantes de envoltura misteriosa y sombría que perezosamente nieven sus cabezas al soplo de fugitivas, helados vientos; empieza á decender en partículas finísimas, formando blanquecinos copos, al aliento de la tierra que en vaporosas ondas se eleva; las linas de las fuentes, antenas bulliciosas y alegres, están como apocionadas argentando sus lechos que remedan ondulantes é irregulares fajas de plata inmóviles; el césped, con sus tallos mil veces acariciados por la nieve, remeda inmenso manto de armiño y de cristales en confuso tropel apiñonados; diríase que la tierra se engalanaba con velo de desposada, esperando las caricias del astro rey, y que la soledad de la planicie denunciaba el sueño á que se entregaban los moradores de Huelva despues de cotidianas faenas; sin embargo, notable contraste formaban las escenas del frío de la planada con el calor y vida que una alma daba á otra alma, allá en el interior del Convento, cuya silueta destacábase sobre el fondo del horizonte. Es el Monasterio de la Rábida, y gloriase de albergar ilustre huésped, venido de extranjería tierra, acompañado de hambriento y tierno niño, para el cual implo-

rara menbrugo de pan y hospitalario lecho. Allí la caridad le abrió sus puertas, la sincera amistad de un religioso le acogió en su seno.

Marchena y Colón: el primero sintetizando la aspiración de su patria en la adquisición de un mundo; y el segundo, simbolizando la constancia en la realización del ideal que mas tarde pasmaría. Brilla en los ojos del marino el fuego con su alma soñadora acariciara tantos años la palma que le ofreciera la inmortalidad en medio de sus esplendores divinos; la desdicha, sin embargo, ha surcado su espaciada frente y coronado de nieve su cabeza, la luz de sus razonamientos nace de la íntima convicción de la verdad que patrocina; y en el cariñoso departir de dos amigos, en sus confianzas íntimas, comprende el Prior que en el cerebro de quien disfruta su hospitalidad, rebulle con titánico esfuerzo, pugnando por salir, la más grande concepción; y á medida que escucha sus quejas, parécenle lamentaciones de proscrito que busca su patria, la gloria, y no la encuentra, porque ha tocado mezquinos y egoístas sentimientos; porque ha despertado mercenarias empresas que desviaron sus propósitos; y ansía, con anhelo, encontrar la unanimidad de un gran corazón, la resolución de un firme sentimiento y la grandeza de una alma noble que todo ello le dará la senda apetecida. Extasiáanse en los placeres de franca y animada conversación y la excitada fantasía del Prior comprende y adivina en la grandiosidad de lo que escucha, algo como susurro de brisa aprisionada tornada luego en viento

que refresca y acaricia, para convertirse en ondas sonoras que llevan por doquier simiente ignota; algo como infantiles coros de resonancia limitada reforzados por millones de voces, transformados despues en himnos soberbios, portentosos, que modula el huracán al formidable estruendo de colosal trompeta; algo como claridades de aurora tornadas en vivísima luz que dorara nuestro globo; algo así como el manto de la caridad extendiéndose más y más para recoger entre sus pliegues, á millares de seres misteriosos, cuyas conciencias iluminaría la luz, la esplendorosa luz del cristianismo; y, en tanto al genio, autor de aquel dulce arrobamiento de que se sintiera presa, descorriendo un velo y enseñando orgulloso, al través de la enormidad de un oceano, fértiles tierras cruzadas por profundos y anchurosos ríos; nacidos á las faldas de soberbias montañas que besan el cielo con sus empinadas cimas, coronadas de nieves, é hinchadas sus montañas de inagotables riquezas; hermanos adoradores de tosca creación humana; inteligencias abrumadas por el spor de la ignorancia; plumas, oro, palacios, templos, guerreros, héroes, víctimas, todo, todo pasando, como falanje de visiones ante la atónita contemplación del que creía soñar portentosos misterios; y por ello, y sobre ello, á su querida España, grande como la creación del genio; opulenta, como la reina de las naciones latinas; y magnánima como una madre, amparando con su protección empresa sin segundo.

Mas de mil veces encendióse la luz por el Oriente y otras tantas la constancia robusteció la fé de Colón en un mundo que, no por escondido Allende los mares, era menos cierta su existencia; celeberrima salamanquina junta no fué parte á borrar de aquel cerebro la idea por él acariciada tantos años; idea que á su calor había nacido, á su influencia progresado; y tan arraigada á su poder vivía, que aun muriendo en la tierra todo afecto á lo bello, toda admiración á lo grandioso, toda inclinación á lo magnánimo, ella permanecía como aureola ornando las sienes de un cadáver, cuyo recuerdo guardaría la acción corrodora de los tiempos, y de la ingratitude de los humanos; ella mostraría á las futuras edades que germinó en el cerebro de un anciano, y se nutrió al color de un religioso, no olvidando su origen, como no olvidamos las caricias del ángel en cuyos regazos tranquilos y apacibles deslizaronse nuestros juveniles embelesos, como no olvidamos el terruño nativo que, no por humilde, es menos dueño de nuestros sentimientos, en él fortalecidos por el amor más grande, al calor del hogar y á la vista de bosques floridos, cármenes hermosas, tranquilos lagos cuyo fondo retrata azulado cielo, y "ribas arboladas donde juegan los céfiros y se quiebra al resplandor de los crepúsculos."

Empero, asomó la envidia; la avaricia y la soberbia encubrieron la grandiosidad de la idea; y la ignorancia, debilitando las voluntades, logro aplazaria, que no destruirla, por que no muere la verdad, destello de esencia infinito que anima

los globos en su incesante rodar por el espacio. Pasó el tiempo y con él la indiferencia; y afianzada la conquista de la fé cristiana con la rendición del último baluarte, heroicamente defendido por moriscos granadinos, nuevas influencias acércanse á los reyes españoles, mas poderosos y entusiastas con las nuevas armas adquiridas á la luz del estudio de la gigantesca empresa; é inflamando en ardiente amor patriótico el pecho de la augusta soberana, y estimulando sus religiosos sentimientos con la gloria de ver el estandarte de la cruz redimiendo á la otra parte de la gran familia humana, la arrancan, en un momento de sublime arrebató, la resolución de su grande alma pronunciada en elocuentísimas palabras, que la historia ha recogido con cariñosa veneración, transmitiéndolas á venideras edades, como muestra y dechado de femeniles hazañas.

Tres gacelas deslizáanse sobre el Atlántico, vuelan apresuradamente cual si pretendieran conocer el nido en que se oculta Febo; embárcanse con ellas los temores de los incrédulos, los toscos y groceros embates de la vulgaridad más repugnante, los golpes de la canalla, las insolentes risas del malvado, las sarcásticas burlas de la envidia, las punzantes sátiras de la mezquindad de corazón, y la ignorancia, cobijando aquel conjunto de monstruosidades que, en asqueroso consorcio, ca-

minaban á la postre de evangélicas doctrinas, en mansedumbre y resignación esculpidas; de heroicidades de amigos; de alientos de creyentes; de consolaciones divinas, formando inexpugnable defensa al rededor del genio, para contener la furia de la desesperación que, en pusilánimes pechos albergada, levántasele amenazante y soberbia, intentando ¡cobarde! sepultarle en las profundidades del movable abismo.

Aquel puñado de hombres sin fé los más, arrastrados por el poder superior que los guiaba, no eran ya sino á la manera de ligeras hojas que llevara el huracán entre sus ondas á muy lejanas regiones; aquellas facciones palidecidas por el horror á la muerte que creyeran cercana, demuestran á las claras impulsos de desesperación comprimidos, interno batallar entre la instintiva conservación del ser y el despiadado castigo al visionario que locamente engañólos, con el poderoso incentivo de codiciadas riquezas, no esperadas ya.

Vientos bonancibles empújalos á mas engolfadas regiones; dóciles las aguas ábrense como para ceder el paso, y besan, acariciando, las bajales; el cielo sereno y apacible parece acogerlos benigno; á las ansiosas miradas preséntanse indicios que en algo reviven la esperanza; y en tanto, Colón, de pié, con la inmovilidad magestuosa de una estatua, con la mirada siempre adelante, y henchido el pecho de desconocida emoción presente la proximidad del término del viaje, pues que interior alegría derrama, como perfumado baño, ¡placidez la

más sentida, vigor de juventud é inexplicables goces.

Surgió sonriente la aurora de un nuevo día; engalanóse el cielo con zafirino manto; auras embalsamadas reaniman el espíritu; brisas juvenetonas refrescan calenturientas sienas; y el sol, derramando sus luminosos rayos, camina lentamente á sepultarse en el confín del horizonte; mas antes de llegar á su dorado misterioso lecho, envíales cariñosa despedida en celajes de púrpura. Llega la noche y tachónase de estrellas el firmamento; débil luz distinguida á lo léjos despierta la ansiedad que muere luego; y en medio de inusitado movimiento de quejas que se van y enhorabuena que llegan; de sueños que vuelan y realidades que nacen, retumba el trueno repercutiendo en mil ecos sonoros; desgájase el cielo en torbellinos de luz vivísima, y de rodillas los tripulantes y en contemplación sublime, ven descender "vaga y aerea como imágen de inquieto sueño, blanquecina como pálido reflejo de la luna, fascinadora, como visión celeste," la doncella hermosísima entre nubes de plata que saluda, imprimiendo un ósculo en la frente del héroe y ciñendo su cabeza con inmarcesibles lauros; y ciñendo su cabeza con inmarcesibles lauros; y sealeja entonando "¡tierra! ¡tierra!" con célica voz que muere en lo infinito.

